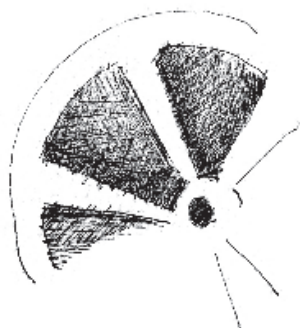


El hilo de Adriana y el laberinto de la militancia¹

MARÍA ANGÉLICA OSPINA MARTÍNEZ

A Néstor y Yenny
Y, por supuesto, a Adriana.



Me parece que cualquier cosa que pudiera decir sobre este tema es una estupidez; más bien, no sé si pudiera decir algo que sea importante sobre esto. Y eso que yo estudié [una carrera de ciencias sociales]. Una cosa es lo que uno vive y otra es lo que está en los libros. A veces siento que, en realidad, lo que pasa es que no puedo decir nada².

SILENCIO

En cierto modo, concuerdo con Adriana. Esta mujer urbana de 28 años, ex militante de un grupo armado, comienza su testimonio con aquello indecible de la experiencia de la guerra. Aquello que, en esencia, tiene que ver poco con la intelectualización de lo vivido, ya que como evento –o serie de eventos– estuvo mediado por el sentimiento, la emoción y la experiencia corporal. Áreas que, por lo demás, son poco tenidas en cuenta al aproximarse con mirada de científico social a este tema, tal como lo plantea Nordstrom (1997) cuando anota la marginalización de la experiencia personal de la guerra en muchos de los estudios sobre violencia y conflicto armado. Lo que Adriana no reconoce, quizá, es que al nombrar lo indecible, al silenciar lo que silencia y al narrar como narra sus evocaciones, en realidad está diciendo más de lo que ella misma cree.

Sin embargo, como se verá más adelante, hay un recurso constante en el relato a quitarle valor a ciertos eventos dolorosos por los cuales Adriana ha pasado. Parte de la indecibilidad se deriva de la experiencia misma, no sólo en cuanto hecho doloroso reprimido, sino en tanto evento del que no puede hablarse, ya que se encuentra inscrito en una lógica persecutoria en la cual se debe callar so pena de muerte o se le debe

¹ El presente escrito se deriva de las reflexiones llevadas a cabo en el Seminario “De la violencia y la memoria”, impartido en la Maestría en Antropología Social de la Universidad de los Andes en el 2005 por el profesor Alejandro Castillejo Cuéllar, a quien agradezco su pedagogía como antídoto contra la anestesia académica. Así mismo, doy crédito al profesor Carlos Alberto Uribe Tobón, a quien le debo las principales líneas conceptuales usadas en este texto.

² En entrevista de la autora con Adriana (nombre ficticio), ex militante guerrillera, en Bogotá en el 2005. Todos los relatos son de la misma persona y hacia la misma fecha. Igualmente, todos los nombres que menciona la entrevistada son ficticios.

restar importancia frente a otras experiencias más dolorosas que la propia. Ambos mecanismos responden a un sistema delirante (cf. Girard, 1995; Uribe, 2003) que hace gala, precisamente, del silencio: la “información clasificada” o “compartimentada”, la sospecha permanente sobre posibles infiltrados o “fugas” de información, la reiteración en la lealtad a la “causa”, entre otros, dan cuenta de ello. Dan cuenta, en suma, de la dinámica del panóptico, de la “institución total” de Goffman (1981)³, expresada en todo ejército y extendida en sus zonas de acción (cf. Uribe, 2003).

Al parecer, entonces, en esa suerte de trama que supone la guerra, aquellos mal nombrados “actores del conflicto” entretejen cotidianamente una serie de relaciones basadas en una lógica persecutoria. Tanto combatientes como “civiles” deben disponerse a subir al tren del delirio, con el objeto de detectar al enemigo y de salvar la propia vida. Quizá ese “tejido social” que muchos dicen que se rompe, es sustituido en momentos de guerra por el establecimiento de otro tipo de vínculo colectivo sentado sobre lógicas que imputan mayor significado a la huida diaria de la muerte violenta y a la justificación cotidiana de las acciones –en este caso, militares–, en términos éticos y morales.

Además de ello, a partir de los relatos de Adriana puede revisarse una serie de elementos comprometidos en las relaciones persecutorias de la guerra y las marcas que estas imprimen en el cuerpo y la emoción. En este caso particular, el hilo narrativo nos conduce por las vías de la auto-expiación que ella *invoca*, al mismo tiempo que evoca los hitos dolorosos de la que llama “su experiencia”. El hilo de Adriana nos arrastra hasta el monstruo que ella desea eliminar, aunque sin pretender tocarlo: ese minotauro mitad humano y mitad animal que amenazó con engullirla alguna vez en su intrincado laberinto, y que adquirió unas veces las fauces de “el Enemigo”, otras las del ejército⁴ guerrillero e, incluso, las de sí misma.

TEORÍA VS. EXPERIENCIA

Yo le puedo hablar es de algunas cosas de mi experiencia, pero no me comprometo a darle muchas explicaciones teóricas... Porque usted necesita algo teórico, ¿no? ¿No me dice que va a hacer un escrito académico?

ESTAR ADENTRO Y ESTAR AFUERA

Yo en alguna época pertenecí... bueno, no sé si decir “pertenecí”, porque a la larga yo nunca quise pertenecer. Trabajé un tiempo con los guerrillos acá en la ciudad y fui una vez a un campamento, a una escuela de combatientes que hizo uno de los frentes,



³ En palabras de Goffman: “Una institución total puede definirse como un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un período apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente” (1981: 13). Ejemplos de ésta son las cárceles, los ancianatos, los hospitales, los cuarteles y los conventos, entre muchos otros. En dichas instituciones, la estructura del yo de los “internos” o “reclusos” se ve gravemente modificada cuando actividades básicas como el sueño, la alimentación, el trabajo y el esparcimiento son indiferenciadas espacial y temporalmente, realizadas junto a un gran número de pares y sometidas a un único sistema reglamentario y a la autoridad de un equipo de funcionarios. La inserción en estos establecimientos supone la aplicación de una serie de técnicas de nivelación, despojo, desidentificación e infantilización de los subalternos que recurren básicamente a la mortificación del yo (*ibid*: 19-129).

⁴ Hablaré en este texto de ejército, no en cuanto a una estructura regular compuesta por batallones, divisiones, frentes, etc., sino más bien en el sentido de su dinámica interna como milicia.



por allá en una montaña en la Conchinchina. Hasta yo estando allá creía que era sólo “simpatizante de la causa” y listo... Incluso me acuerdo que hubo problemas con los duros del frente porque cómo así que me habían llevado a mí al campamento y que, si yo no estaba segura de estar en sus filas, por qué estaba allá. Yo siempre he sido una gallina para todo y a lo que más le tenía miedo era a los explosivos... y precisamente nos toca aprender a lanzar granadas y a armar bombas de mediano poder. Es que, es más, yo siempre estuve en contra del uso de las armas... ¡Qué tal, yo trabajando en una guerrilla y con esas! [risas].

Como en el mito, las narrativas autobiográficas suelen ser contradictorias, paradójicas, y por ello no necesariamente dejan de ser coherentes. El conflicto entre lo que “se era” y lo que “ahora se es”, entre las justificaciones éticas y morales sobre las acciones del pasado y del presente, se manifiesta en sentimientos concretos de culpa y responsabilidad que determinarán posteriormente los actos de resarcimiento y perdón, no sólo frente a otros sino también consigo mismo en el caso de los ex combatientes. Adriana, no obstante, parecía haberse mantenido siempre en la tensión entre la “pertenencia” y la “no-pertenencia” al ejército guerrillero; una ambigüedad entre estar adentro “trabajando con ellos” y mirar los toros desde la barrera como una mera “simpatizante”.

El sacrificio por la “causa” suele convertirse en el mojón que le da sentido por excelencia a la militancia, por lo menos en sectores de combatientes que han recibido formación política además de la militar. El credo revolucionario, como sucede con otro tipo de credos, otorga nuevas lógicas causales a la experiencia cotidiana del guerrillero. “Por la vida, la muerte” es quizás una de las consignas que mejor expresa los valores éticos y morales que nutren la labor diaria de los combatientes. El acto heroico, junto al sacrificio ritual, adquiere mayor relevancia en la construcción de la idea del enemigo y de la identidad propia en franca distinción con éste.

Adriana, no obstante, se debatía entre una suerte de posición pacifista y la obligación que le planteaba su militancia sobre el uso de las armas en pos de la causa revolucionaria. Su propia identidad, durante la época en que estuvo vinculada a la guerrilla, se hallaba fragmentada: su auto-concepción de “debilidad”, “fragilidad” y “cobardía” se contradecía permanentemente con los atributos de “valentía”, “coraje” y “berraquera” ensalzados en la lógica guerrillera. En este mismo sentido, la imagen de mujer guerrera ideal la acosaría de modo pertinaz: «Yo veía que las viejas duras eran deseadas por los hombres de ahí y, además, pues obviamente que podían subir más fácil a puestos de poder. Entonces eran mujeres frías, inexpresivas, casi anoréxicas porque sólo se comían las uñas, que no andaban por ahí de compinches con nadie y que

aun así les parecían unas mamitas a todos». El ingreso al ejército le exigía a Adriana a someterse, no sólo a la idea del héroe combatiente, sino también a una idea particular de feminidad.

Aquello se aúna a la premisa de las “instituciones totales” en donde la indiferenciación –incluso sexual– y la nivelación entre sus miembros subalternos son substanciales a su dinámica. De allí la pretendida uniformización de la apariencia, bien en los atavíos, bien en ciertos diacríticos corporales, todos los cuales deben ser asumidos incuestionablemente. El hecho de desviarse de esta norma sitúa de inmediato al subalterno en un plano de sospecha que activa mecanismos de constatación de su lealtad –como el seguimiento, la confesión y los interrogatorios–. El disciplinamiento, así, cumple una función inescapable, en tanto la desobediencia puede implicar la muerte. Y, en medio de la disciplina, claro está, se instala de modo insolente el silencio.

ESTIGMAS Y ANESTESIA

Nada, a mí siempre me salían con el cuento de que la lucha armada y que no sé qué, que esa era la única salida. Y yo: ¿bueno, y no que ustedes dicen que lo primero es la lucha política y que lo armado es como secundario? Y ahí ya me vaciaban [me reprendían] y me decían que yo era una “blandengue pequeño-burguesa”, una “gallina”, que yo me quería era salvar de mi deber de entrenarme como soldado. Además que lo militar se justificaba porque o si no cómo íbamos a enfrentar al enemigo: “¿Con buenas intenciones?, ¿con negociaciones socialdemócratas?, ¿con pacifismos culos? Es que el hp enemigo sí se viene con toda y no le da nada [no le importa nada]”, me decían. Yo les decía siempre que cuando, por ejemplo, ponían a los pelados de las universidades a hacer tropeles, lo único que hacían era aprovecharse de la adrenalina de ellos y ya. Al fin y al cabo a muchos no les explotaba la adrenalina sino terminaron fue explotándoles los talegados de papas [bombas] en las manos, y ahí sí, sin manos pa’ su tal revolución. Así, igualito, era con los chinitos guerrilleros.

Me acuerdo que un muchachito que conocí, como de 19 años, tenía una papa en la mano, la iba lanzar a los policías en una pedrea, ellos dispararon primero un gas lacrimógeno y le pegó en la mano que tenía la papa. Se le floreó la mano, perdió unos dedos, casi pierde la mano entera. Estuvo en recuperación muchos meses y le tocó salirse de la U. Le dio una paranoia la berraca y después no pudo volver a estudiar. El chino se volvió basuquero, luego metió bóxer, y me acuerdo cómo se quejaba y decía que ya no iba a poder volver a acariciar a alguien como antes. Yo contaba eso y lo deprimido que estaba, y unos me decían: “Ah, no, eso es pura cuestión de va-

nidad. ¿Por unas falanges no más? Hay gente que sí se ha muerto. Si no se las diera de pseudointelectual, seguro no sufría tanto". A mí eso me parecía el colmo, pero me calaron tanto esas palabras que, ahorita mismo que le estoy contando todo esto a usted, todavía siento como si eso que me dijeron fuera cierto, como si no tuviera importancia, porque pues de hecho hay gente que sufre más, ¿no?, y entonces esto al lado de esos otros sufrimientos parece una pendejada.

Me acuerdo mucho de una vez que estábamos viendo las noticias con unos de ellos [otros militantes] y pasaron la noticia del "burro-bomba", ¿se acuerda de eso? Bueno, cuál fue mi sorpresa cuando veo a dos de ellos atacados, atacados de la risa. Yo les reclamé... Mostraban además unas imágenes horribles en el noticiero: la cabeza del burro a un lado, una pata al otro... horrible. Les reclamé y los pendejos se reían más. Y yo como una boba... Pero qué más daba, si en otras ocasiones había pasado lo mismo pero cuando mostraban cadáveres de soldados, paracos o policías.

Como lo insinué al comienzo, el dolor de la condición heroica parece ser constantemente minimizado en estos ejércitos. Quien se duele de sí o de otros reduce su capacidad de combate y emerge como blanco de sospecha. Aquí los estigmas vienen y van, no sólo de adentro hacia afuera, sino también en el interior mismo del ejército: así cohabitan las ideas de "el hp enemigo" con las de "socialdemócrata", "pacifista culo", "pequeño-burgués", "blandengue", "gallina" y "pseudointelectual", sólo apenas entre las nombradas por Adriana. Por supuesto, hay un afán de distinción entre los atributos del enemigo y los de los revolucionarios, así como entre los verdaderos revolucionarios –los "políticos y militarmente correctos", los "berracos", los "guerreros"– y los equivocados –los "revisiónistas", los "blandos", los "cobardes"–.

Muchas de estas representaciones parecen directamente calcadas de los panfletos y muros de las universidades públicas colombianas, pero estas se encuentran hoy día sirviendo activamente a los mecanismos de distinción en la dinámica de la guerra. Se cuelan en una cotidianidad como la que expone Adriana, en donde ser "soldado revolucionario" significa ser un "héroe valiente y correcto" –muy viril, por lo demás–; en donde una serie de estereotipos normalizados condicionan la violencia ejercida por el ejército tanto hacia dentro como hacia fuera.

Así también, como vemos en el relato, el dolor se relativiza: el combatiente casi debe renunciar a su emoción y a su corporeidad, si estas potencian su fragilidad y vulnerabilidad. Expresión de estas últimas bien puede ser el dolor ante el dolor de los otros. De allí que la ridiculización del contrario, sumada a su animalización y satanización, jueguen un papel fundamental en la construcción de la idea de "enemigo". Aquellos juegos retóricos lo rebajan a una condición bestial, inferior, la cual incluso lo hace

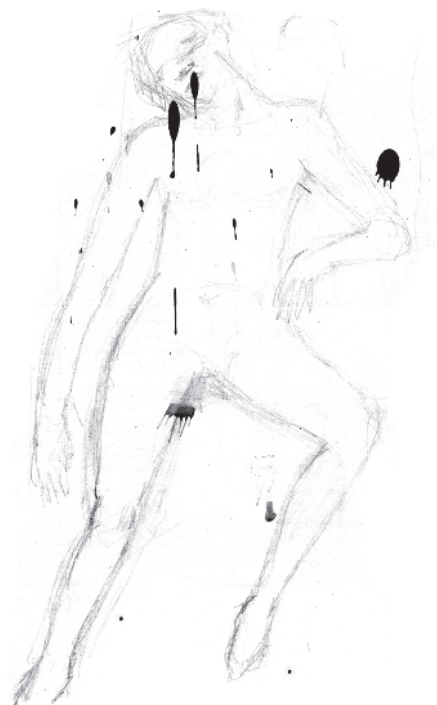
risible cuando agoniza, en franca práctica de representación infra o des-humanizante (Castillejo, 2000). Los cuerpos desmembrados del enemigo parecen no doler. Pero tampoco los del combatiente. Dolor disminuido a través del sentimiento sublimado y de la imposibilidad del vínculo con un sujeto inhuman(izad)o.

Adriana da señas, no obstante, de una mirada ambigua sobre el desmembramiento del cuerpo del guerrero. Frente al enemigo se ensalza como signo de eliminación, de un “romper en pedacitos”, del derribamiento y la victoria. Un combatiente desmembrado, en cambio, no lo es –se pretende que no lo sea, no lo puede ser–. En el discurso prevaleciente del buen guerrero, el desmembrado parece conservar a toda costa su integridad física, pese a la mutilación; se debe resistir al arrancamiento, a la ruptura y, simultáneamente, al dolor. De allí todas aquellas expresiones relacionadas con “un miembro más, un miembro menos, qué más da”: a lo sumo podría afectar la vanidad –descalificada permanentemente en estos contextos–, la cual es concebida como una faceta nimia, trivial e indolora del individuo.

DENTRO-FUERA-DENTRO DEL PANÓPTICO: EL DELIRIO

Adriana manifiesta no haber querido estar “dentro” del ejército guerrillero. Pero lo estuvo. Su relato es ambiguo frente a su inclusión y distinción, incluso en los niveles internos de la milicia. Reconoce su adscripción en términos de vinculación afectiva con ciertos miembros y por momentos se abandona al recuerdo de los retos que le planteaba el ejército a su identidad individual, en especial en el aspecto de género. Pero también oscila entre la idea de haber sido “simpatizante”, “colaboradora”, “militante” o “combatiente”, aun a sabiendas de que este continuum de gradación se presenta evidentemente refinado ante los soldados. Y es que esta obsesión con la marca y las taxonomías logra su cometido como mecanismo de control en toda estructura jerárquica, en especial en el panóptico de la institución total donde, aun habiéndose desvinculado de ella, quedan los residuos de su temporalidad, su espacialidad y, por supuesto, de su lógica vigilante.

El caso es que cuando yo me salí –bueno, yo no sé si estuve adentro–, cuando corté del todo con ellos [el grupo guerrillero] por diferencias que teníamos, ellos mismos empezaron a perseguirme. A mí siempre me dio la sensación de que ellos creían que yo era tira [informante], o sea sapa, y que me seguían por eso. Bueno, de hecho me seguían siendo yo militante, dizque porque debíamos practicar por si nos pasaba eso con algún tomo de civil. Nos enseñaban mucho a desconfiar, a desconfiar de cualquiera que pudiera pintar de rata traicionera. La cosa es que desde ahí me dio



una paranoia muy tenaz. Yo sentía como si todo el mundo me mirara en la calle, me siguiera, sentía como miles de ojos encima mío, como si no pudiera dar un paso sin que ellos lo supieran. Yo no sé si al final lo de los seguimientos fue o no verdad, pero yo sí los pillé más de una vez en sitios donde yo estaba.

Además, mi novio era guerrillo, por él fue que yo entré ahí. Es más, ¿le confieso algo? Por él fue que terminé yendo al campamento. Yo no hubiera ido porque me daba terrorera y porque me parecía horrible ir a aprender a matar... yo no quise nunca matar a nadie y por eso me salí. Pero a mí me daba miedo que él [el novio] se fuera solo y yo como una pendeja, ¿la resignada esposa del héroe? ¡Ni mierda! Yo sí quería ir y demostrarles que yo podía. Además a uno como mujer lo presionaban mucho allá, eran todos machitos y las mujeres también eran machitos. Y para que a uno lo escucharan tenía que ser una "mujer berraca", una "guerrera", y yo me sentía como una cucaracha, temblaba siempre que me ponían a hacer algo militar. Yo nunca pude ser una berraca.

Yo tuve la suerte de que siempre que me tocó participar en cosas militares, siempre me falló todo. Una vez íbamos a quemar un bus, una vieja que era la dura y yo, las dos solas, nos subimos con la gasolina y a mí me tocaba llevar el dispositivo –eso tiene ácido sulfúrico y una mezcla incendiaria–. Yo llevaba la cajita en la cartera y se me regó toda la mezcla adentro, así que cuando ella lo puso, no sirvió. En ese momento yo quería bajarme del bus y que eso se incendiara, y uno como en las películas de Nikita, así caminando y la explosión detrás. Pero nunca pensé que nadie se iba a morir. Además nos aseguraban que eso no pasaba nada, que nadie iba a salir herido. En todo caso, el dispositivo no sirvió, lo que agradezco hasta hoy.

En el campamento me tocó aprender a manejar armas. Era buena desarmando y armando fusiles, aunque me iba mal disparando con arma larga. Con arma corta, con pistola, me fue re-bien: de 10 tiros, 8 eran certeros y así. Pero yo le daba era al muñeco ese que ponen de polígono, nunca me creí capaz de dispararle a nadie. La vaina era que yo me sorprendía mucho porque, de repente, uno le cogía como gusto a disparar, se le salía a uno como un monstruo de adentro, y los otros me azaraban: "Dispárele y piense que es un tomo hp, piense que son los mismos que mataron a no sé quién", y así. Y uno, fuera de eso, le daba certero al muñeco... Me confundo mucho cuando pienso en esa parte de mí.

La disyuntiva entre razón y emoción, como comúnmente se concibe en la tradición occidental, en donde la segunda se asocia comúnmente con lo irracional (Jimeno, 2004), ha soportado también la idea naturalizada de la violencia como parte

de esa “oscura” faceta humana que es lo emotivo –vinculada además con lo femenino–. No obstante, tal como afirma Jimeno, en tanto la emoción es un aspecto indisoluble de la cognición, “los esquemas de conciencia y pensamiento son al mismo tiempo afectivos, nos orientan sobre lo que es deseable e indeseable, agradable o desagradable, y por lo tanto los sentimientos son constitutivos de la motivación, la intención y la evaluación de las acciones” (*ibid.*: 233)⁵. La naturalización de la violencia humana como parte del indomable ámbito de las emociones parece ser una mera estrategia cultural de velamiento de la experiencia social de la “violencia”. Una experiencia definida, en gran medida, por un entrecruzamiento de relaciones de poder y subalternidad.

El relato de Adriana arroja representaciones y justificaciones de la acción que se enmarcan dentro de esa disyuntiva razón/emoción, donde el propio acto violento se considera en cierto momento como “monstruoso”, en suma, irracional y emotivo. De este modo, Adriana condena su “gusto” por las armas y el éxito que desplegaba en el uso de ellas, ambos asociados afectivamente con anteriores o potenciales agresores. Estos últimos, por lo demás, eran subrayados como tales mediante los rótulos endilgados en el grupo guerrillero a “el Enemigo”. La emoción, pues, se encuentra también atravesada por un sistema de conceptos metafóricos que, en términos de Lakoff y Johnson, “rigen también nuestro funcionamiento cotidiano, hasta los detalles más mundanos” (1995: 39).

A partir de su “monstruo emergente” a la hora de disparar o de imaginar explosiones, Adriana también habla entre líneas de su dolor ante la agresión y la anulación recibidas de otros, bien en cuanto al asesinato, el disciplinamiento y el sometimiento a roles dentro de la milicia. Está aquí presente, entonces, el germen de la venganza de la muerte de sus compañeros, lo que, paradójicamente, el ejército sí permite incluir como parte del dolor propio en la acción militar para aumentar su eficacia. Pero, de otro lado, también se expone un afán por alcanzar el ideal de la mujer guerrera –sirviéndose de Nikita como ejemplo–, exigido entre las combatientes. Tales situaciones se inscriben en el relato en una ambivalencia entre el “no querer pertenecer” y el “monstruo que sale de adentro”: sólo la animalización, tanto del enemigo como del propio acto violento (“emotivo”), puede justificar la lógica militar de la aniquilación de un contrario.

El sistema persecutorio de la institución total se vale de lo que Castillejo (2002: 160-190) denomina “dispositivos de negación”, que incluso suponen una expresión de dominio sobre el cuerpo del otro negado. Este es el caso de la animalización, la cual determina en gran medida la taxonomía del panóptico. Gallina o cucaracha = cobarde, sapo = soplón, rata = traidor, todas son analogías que infrahumanizan, que rotulan a todos inescapablemente, que estigmatizan y que controlan en la medida en que cualquiera puede haber allí: “todos son animales en potencia, todos son potencialmente



⁵ La autora basa su argumento en la propuesta de las antropólogas cognitivistas Claudia Strauss y Naomi Quinn, planteada en su texto “A Cognitive/Cultural Anthropology”, en Robert Borofsky (ed.), *Assessing Cultural Anthropology*, Mc Graw-Hill, NY, St. Louis 1994, ps. 284-300.

culpables” (*ibid.*: 163). Gran parte de la formación militar tiene entonces su clave en una enseñanza refinada de la taxonomía –cómo reconocer quién es quién–, en una instrucción abierta o implícita sobre el propio lugar en esa clasificación –cómo se debe actuar–, y en la internalización del gran ojo vigilante, “de modo que la mortificación se complete mediante la automortificación, los golpes mediante la autoflagelación, la inquisición mediante la confesión” (Goffman, 1981: 56).

Además, Adriana nos ofrece en algunos fragmentos de la narrativa de su malestar, elementos relacionados con los hitos y las tensiones permanentes en su experiencia como militante:

Después de salirme de trabajar con ellos, en una época estaba ya delirante. Sólo pensaba en hacerme daño, en golpearme, cortarme, en fin, ya no quería vivir, tenía mucho dolor que no podía decirle a nadie. Comencé a tener claustrofobia, vértigo y eso de pánico... ¿cómo es que lo llaman? Trastornos de pánico. Trastornos de pánico en la calle, porque me daba físico miedo salir a la calle, usted no se imagina. Entonces fui al médico y me recetó droga psiquiátrica y terapia. Me daba era miedo que me dejaran encerrada en el hospital, pero fui porque ya se me estaba notando y yo no quería que mi familia supiera nada.

Oía voces también. Bueno, oía gritos, oía el llanto de un niño pequeño. Soñaba muchísimo con gente sin piernas. Yo no sé por qué soñaba eso. Soñaba con bebés sin piernas, en fin... ¡Qué sueños tan horribles! Se me quedaba grabado, como pegado, el sonido de cuando uno le arranca una presa a un pollo. Yo no podía dormir. Todo el tiempo estaba en guardia, porque pensaba que iban a romper la ventana del cuarto donde dormía. Vivía llena de cortadas y rasguños que yo misma me hacía en los brazos, las piernas, la cara... A veces lloraba y me pegaba en la cabeza contra los filos de las puertas o de las paredes. Pero ahí yo ya no era yo, es más, cuando hacía eso yo no pensaba en nada, ni recordaba nada de la guerrilla; era como si estuviera en un sueño, era raro.

Yo sólo recordaba mi militancia cuando por alguna razón me tocaba madrugar mucho, por ahí a las 4 ó 5 de la mañana para ir a trabajar y tenía que bañarme muy temprano. No sé, yo desnuda en el baño... la hora me hacía recordar eso, medio de noche, medio de día... Como cuando en el campamento tenía que hacer guardia, eso era por turnos de una hora en la noche o en la madrugada. Entonces uno estaba durmiendo –cuando podía– y pasaba un compañero y lo llamaba a uno: “¡Adriana, Adriana... guardia, guardia!”. Y le pasaba el arma de dotación. A mí siempre me tocó un revólver súper viejo y súper grande. Yo no sabía si reírme o llorar porque yo como soy menudita,



no me alcanzaban ni siquiera los dedos de la cacha al gatillo... además era durísimo de disparar. Entonces yo me lo metía entre el pantalón y caminaba hasta el lugar de la guardia entre la maleza, había que cruzar una quebrada y brincar cercas, no nos dejaban prender linternas, entonces era oscurísimo; me tropezaba, me lastimaba y fuera de eso se me bajaban los pantalones porque el revólver era muy pesado. Yo sola en esas noches de guardia, con pasamontañas y todo, ahí sí sufrí de miedo, porque yo no sabía qué hacer en caso de que llegara alguien: ejército, un campesino o hasta uno de los mismos guerrillos. No dejaba de mirar para atrás y para todos lados sin ver nada. Yo decía: "Si llega el ejército me matan a mí primero".

La memoria sobre hechos dolorosos se hace en Adriana explícita o implícita. Explícita cuando vincula, por ejemplo, las horas de penumbra –posteriores a su militancia– con la media luz del peligro, del acecho del enemigo y de la incapacidad de sortearlo mientras realizaba las guardias nocturnas. Implícita cuando reitera el tema del encierro, el dolor físico, el miedo, la persecución y, de nuevo, la desmembración, todos traducidos en la experiencia corporal de una serie de síntomas. En dichos temas subyace insistentemente la ambivalencia entre el castigo a otros y el castigo a sí misma; entre la inferiorización del enemigo y la propia; entre la responsabilidad asumida racionalmente y la irresponsabilidad de los estados emotivos.

Es interesante cómo esa memoria personal de la milicia es simultáneamente una memoria del cuerpo o de lo corpóreo, en relación consigo misma y con los otros. Lo indecible de la guerra es expresado a gritos por y en un cuerpo marcado de mujer. En el relato, Adriana pone énfasis en su malestar como evento posterior a su militancia y derivado de ella. No obstante, al tiempo que la militancia es un hito y que el "corte" con el ejército es otro, el relato sobre su malestar expresa un hilo narrativo de principio a fin, que da la sensación de que Adriana nunca hubiera "salido" del panóptico. Continúa presa en el laberinto, acosada por el minotauro antropófago.

ÚLTIMAS NOTICIAS

De las peores cosas que viví, entonces, como le digo, no fue tanto lo que yo hice sino lo que pude haber hecho: si se hubiera incendiado el bus, si hubiera matado a un policía, si hubiera tenido que poner una bomba... Me salvé muchas veces de eso cuando ya tenía que hacerlo. Pero la cosa que me dio más duro que todo eso junto fue la muerte de muchos de mis compañeros.

Meses después de que me salí, todavía me mandaban razones de que cuidadito, que me acordara del reglamento, en fin. Lo que le hacían a los sapos era peor que todo

porque los ajusticiaban después de hacerles cavar la propia tumba. Y todavía meses después de cortar con ellos me llegaban noticias, todas malas: que mataron a fulano o a sutana, o a sutana la encarcelaron o la desaparecieron, toda la gente conocida se iba muriendo.

Eran pelados así como era yo, jovencitos, otros más mayores, muchos con hijos, la mayoría todos romanticones con la tal revolución. ¡Qué desgracia! La muerte de Paola fue la que más me dolió. La boba llevaba apenas como un mes, máximo dos, en entrenamiento en el monte, porque ella era miliciana de ciudad. Pero qué vieja... uno la veía y decía: "esa miel de mujer qué va a estar en esas". Era toda tiernita, tímida, inocente, uno le hacía chistes y a veces ni los entendía... Bueno, el novio también era guerrillo y de los duros. Ella siempre le jaló mucho más a lo político que a lo militar. Pero la llamaron a irse para el monte y estando allá, junto con el novio y otro muchacho –a los que yo conocía también–, los comandantes los enviaron a una misión y el ejército [el Ejército Nacional] los emboscó. A los tres los mataron, pero antes los torturaron. Cosa hp: a Paola le levantaron el cuero cabelludo y se lo iban quitando viva. Luego los dejaron no sé dónde, pero en todo caso encontraron los cuerpos y las familias pudieron enterrarlos aquí en la ciudad.

Dígame qué puede decir uno frente a eso, ¿ah? Otro compañero nuestro se murió cuando estaba poniendo una bomba y se le estalló... me decía una amiga que sólo habían encontrado un pedazo de hombro. Tres señores que conocí en el campamento se los bajaron los mismos guerrillos porque vendieron su arma de dotación; me acuerdo de eso, ellos vivían acá en la ciudad en una zona muy pobre y físicamente no tenían a veces cómo darle de comer a los hijos, entonces vendieron sus armas por eso. Cuando supieron los comandantes, los mandaron llamar allá al monte y los "ajusticiaron" o, como dicen ellos, les aplicaron artículo. ¡Y eso ni contar todos los que fueron a parar a la cárcel y que después los compañeros no les daban ni la hora! Allá fui yo muchos domingos con la falda larga a que lo esculcaran a uno hasta el culo porque iba a visitar a algún sindicato de rebelión o terrorismo.

Sin duda, el gran panóptico militar lleva a cabo un gran esfuerzo por construir un "otro" aprehensible, dominable y desdeñable al mismo tiempo, incluido en un sofisticado sistema clasificatorio. Pero, ¿pueden dos o más de estos panópticos intersectarse, aun siendo cada uno el "otro" del "otro"? Son álter-egos. Son réplicas. Son reproducciones de un mismo laberinto de Minos. Adriana se encuentra en medio de varios de tales panópticos yuxtapuestos, donde incluso ella misma ha adquirido los rasgos del "otro" aniquilable que conoció en la milicia –o quizás mucho antes–:

dice ser una “gallina”, una “cucaracha”, la antítesis de la “mujer berraca y guerrera”. Ha interiorizado el ojo onnisapiente de la institución total.

El hito de su salida del ejército revolucionario –o, en sus palabras, del “corte con ellos”– le permitió a Adriana la construcción de una exterioridad a dicha estructura, pero los vínculos establecidos dentro de esta seguían permaneciendo activos. Así, pervivían también los flujos de información, generalmente mensajes de advertencia, amenazas y “noticias” de la muerte, el encarcelamiento o el castigo de los “otros significativos” (Goffman, 1981: 43-44). Esta cercanía afectiva e identificación con esos otros convertía inmediatamente aquellas “noticias” también en advertencias y amenazas para ella. Los mecanismos de control del panóptico continuaban funcionando aun afuera, quizás con mayor fuerza en la medida en que la decisión de la desvinculación inmediatamente señalaba a Adriana como “sospechosa”.

El ajusticiamiento, eufemismo militar por excelencia, supone a un nivel interno el castigo que merecen los culpables de desestabilizar o atentar de algún modo contra la seguridad y la estabilidad del ejército. Este “procedimiento” parece más racional en la medida en que se invoca el reglamento del ejército: cuando se ajusticia a un miembro de las filas “se aplica un artículo” de dicho reglamento. En el mismo sentido, las ideas de “justicia” y de “juicio” otorgan una coherente “lógica de sentido y acción” (Pearce, citado en Castillejo, 2002: 166), dirigida a exterminar al potencial enemigo interno y a acabar con cualquier expresión de desorden clasificatorio.

Por otra parte, la intersección de lógicas militares supuestamente antónimas y adversarias se dilucida en el fragmento anterior del relato. A la par que en esas “últimas noticias” se incluyen mensajes sobre la ya expuesta taxonomía del ejército guerrillero, se cuelan también representaciones del “otro” aniquilable elaboradas en la vía contraria: las del ejército nacional. Las emboscadas, detenciones, torturas y asesinatos de parte de este último a todo aquel relacionado con la guerrilla, contienen también una carga simbólica particular sobre la representación de ese “otro” que se aniquila. Ejemplo de ello es la muerte de Paola, la cual atestigua sobre el cuerpo femenino aprehendido y violentado, hecho que Adriana resalta y fácilmente asume como propio. Este tema lo reitera más adelante al hablar del encarcelamiento y los estigmas de “terrorista” y “rebelde” que operan tanto en el tratamiento de los presos como en el de quienes los visitan: ella también debió someterse a “procedimientos” particulares durante su ingreso al penal, los cuales también involucraban su cuerpo al situarlo en el mismo plano de aprehensión que el del preso.

Adriana se ubica, de este modo, en la intersección de estos panópticos y sus regímenes de representación que suelen atizar una serie de “confusiones categoriales” (Castillejo, 2002): en este caso, ser o no ser combatiente; haber pertenecido o no a la



guerrilla; parecer o no una cobarde; ser o no una berraca; erguirse como victimaria o arrastrarse como víctima; haber decidido racionalmente o haberse abandonado a la emoción; ser señalada como guerrillera, infiltrada o desertora; hablar o callar... Decir o no decir en esta lógica de imputación de estigmas que emula un laberíntico juego de espejos (cf. Uribe, 2003), en donde el capital es la vida.

(DES)ENMARAÑANDO EL HILO

Los picos, las incoherencias, los hitos y las continuidades del relato de Adriana nos conducen, sin duda, por la vía de la liminalidad. La vivencia de la milicia, aunque en este caso hubiese sido transitoria, ubica en planos similares a todos aquellos que se encuentran involucrados y se hace extensiva a los “otros” aniquilables o a los adeptos. Tales planos superpuestos, caracterizados por diversas “confusiones categoriales”, se expresan en la ambigüedad de los roles que deben asumir los subalternos del ejército, así como de las posiciones que se ostentan y detentan durante la militancia. Aquello da cuenta, por lo demás, de la gran plasticidad que puede desplegar el estigma, lo que motiva la construcción de identidades fragmentadas con las cuales poder sortear distintas situaciones en la cotidianidad.

De otra parte, el relato de Adriana, paradójicamente, habla de lo indecible. No sólo la palabra habla. Las constantes alusiones a la experiencia mediada por lo corporal expresan una posibilidad de *decir* a través de los síntomas y las marcas, lo mismo que por medio de la representación corporizada de los “otros” (Castillejo, 2002). En cuanto al síntoma y la marca, la evidente carga simbólica que circunscriben se enseña en una continuidad narrativa entre el hecho y la evocación, de tal suerte que tanto síntoma como marca son otras formas del recuerdo. Así mismo, puede notarse cómo el cuerpo propio que se narra a sí mismo, también es narrado a través de la narración del cuerpo de otros, independientemente de que los hechos vividos por todos sean disímiles. En otras palabras, lo narrado sobre el propio cuerpo incluye inevitablemente el vínculo con otros cuerpos representados en los mismos planos de significación superpuestos.

En lo que respecta a la representación corporizada de los “otros” aniquilables pueden observarse en el relato de Adriana por lo menos tres elementos consubstanciales a esta lógica de la milicia. En primer lugar, la animalización funciona como “dispositivo de negación”, no sólo con los extraños o los externos, sino también con los propios en dos sentidos: el de “potencialidad” (Castillejo, 2002: 163) y el de posicionamiento en la taxonomía interna. En segundo lugar y en congruencia con este último punto, los órdenes taxonómicos y la práctica vigilante permanente funcionan como “mecanismo



de control”, no sólo a nivel interno y en el ejercicio de la militancia, sino que se hacen extensivos hacia el exterior y perviven en el ex combatiente. Y, en tercer lugar, la formación dogmática y práctica de la milicia, basada en la modificación de la estructura del yo de los subalternos, se hace eficaz en tanto logra la interiorización individual de la dinámica de la institución total, incluso estando fuera de ella.

A pesar de la evocación de experiencias dolorosas, del malestar que manifiesta en su situación actual e, incluso, del estrangulamiento cotidiano de su mismidad, Adriana no da la sensación de víctima. Por el contrario, estos fragmentos de su relato exponen una triangulación de la información que arroja matices sobre la vivencia personal de la guerra, descentrando las representaciones de víctimas y victimarios y de las múltiples expresiones de dicha experiencia.

Ahí verá usted las maravillas de esta guerra. Muchos dirán que yo soy una debilucha, poco berraca como sí lo son otras viejas dignas de admirar, por el hecho de sufrir por vainas que no le llegan ni a los talones a otras historias más duras. Hace ya unos años, por ejemplo, los paracos mataron a un primo mío en Córdoba por “simpatizar” con la guerrilla. Él tenía una tienda en la carretera y ese día estaba con los hijos. Pues lo mataron delante de ellos. La hija menor se llama Adriana, como yo; con ella jugábamos cuando éramos niñas. Nunca he sabido más de ella y, sin embargo, la pienso todo el tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTILLEJO, ALEJANDRO, *Poética de lo otro. Hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*, Colciencias-Icanh, Bogotá 2000.
- GIRARD, RENÉ, *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona 1995.
- GOFFMAN, ERVING [1961], *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1981.
- JIMENO, MYRIAM, *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 2004.
- LAKOFF, GEORGE y JOHNSON, MARK, *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid 1995.
- NORDSTROM, CAROLYN, “Ethnography of a Warzone”, en *A Different Kind of War Story*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia 1997.
- SONTAG, SUSAN, *Ante el dolor de los demás*, Alfaguara, Madrid 2003.
- URIBE, CARLOS ALBERTO, “Magia, brujería y violencia en Colombia”, en *Revista de Estudios Sociales*, número 15, ps. 59-73, Universidad de los Andes, Bogotá 2003.

